©2020 El Periódico de Catalunya, S.L. Todos los derechos reservados.
PDF generado el 07/09/2020 9:07:20 para el suscriptor con email info@angelgarcia.cat
Esta publicación es para uso exclusivamente personal y se prohíbe su reproducción, distribución, transformación y uso para press-clipping



©2020 El Periódico de Catalunya, S.L. Todos los derechos reservados.
PDF generado el 07/09/2020 9:07:20 para el suscriptor con email info@angelgarcia.cat
Esta publicación es para uso exclusivamente personal y se prohíbe su reproducción, distribución, transformación y uso para press-clipping



eP Cosas de la vida | GRAN BARCELONA

Del 8 de septiembre al 15 de noviembre

# El fotógrafo que desnudó la Transición

## El Palau Robert rinde un póstumo homenaje a Bosch, el argentino que resucitó el fotoperiodismo barcelonés

**BARCELONEANDO**

CARLES **Cols**

Murió el pasado junio el fotoperiodista **Carlos Bosch**, una pena, porque se truncó así la posibilidad de que regresara a Barcelona, ciudad que lo acogió en 1976 entonces hecho casi un simple vagabundo con cámara, pero para visitar esta vez la magnífica exposición retrospectiva que algunos de sus discípulos han organizado en el Palau Robert. Se inaugura mañana. Es una selección de 62 imágenes exquisitamente positivadas por **Jordi Gratacós**, todas ellas fechadas entre 1976 y 1981 y salidas del ojo fotográfico editorializante de **Bosch**. Ahora que hay tanto opinólogo sobre lo que fue Transición, virulentos defensores y detractores que por edad hablan algunos de ellos de oídas, no podría ser más oportuna esta muestra, porque de aquel argentino capaz de lo imposible por obtener una foto se puede afirmar, sin mentir, que retrató desnuda la Transición. Qué menos, pues fueron aquellos, además, los años del destape.

La biografía de **Bosch** se rescató el pasado junio cuando falleció a los 75 años, pero eran días de pavor por el covid y tal vez los merecidos obituarios pasaron inadvertidos. Muy telegráficamente, decir que de un día para otro salió de Buenos Aires en 1976 porque su padre, un hombre parece que muy derechón, le dijo a través de un amigo suyo, militar, que su vida corría peligro. Con su cámara se había infiltrado en la mafia parapolicial Triple A. Mal asunto.

Podría haberse colgado entonces, al llegar a una España que estrenaba democracia, la medalla de exiliado, pero él, pasados los años, explicó por qué no lo hizo. «¿Exiliado?, pero si fue una patada para arriba. Me fue de puta madre».

Cierto, le fue bien como saltimbanqui en distintos medios de comunicación, entre ellos, EL PERIÓDICO, que ayudó a modelar en sus orígenes, pero sobre todo le fue bien a los de acá, porque la fotografía en la prensa había degenerado durante el franquismo en un arte muy menor, solo para llenar huecos en el papel con retratos de autoridades posando y otras memeces. Llegó **Bosch**, con una carpeta de sus trabajos en Sudamérica, y a gente como **Antonio Franco**, jovencísimo director de este diario entonces, se le abrió el cielo.

«Le pedí que formara un equipo de fotógrafos y que, aunque en público yo no lo pudiera decir, le expliqué que para mí tan importante sería la sección de fotografía como la de diseño o internacional», recuerda **Franco**. A los plumillas (así se llama aún a veces a los periodistas), un reconocimiento en público de algo así les hubiera escandalizado. Los fotógrafos, antes de **Bosch**, eran un poco como el **Peter Parker** del *Daily Bugle*, tipos mal considerados y peor pagados por el **J.J. Jameson** de turno.

**Se hizo pasar** por falangista para poder retratar la verdadera cara de la extrema derecha española

**El franquismo** había deslomado el nervio de la fotografía de prensa y hacía falta formar a una nueva generación

**Bosch** hacía cosas muy locas por obtener una foto, algunas inconfesables (su retrato del drama del aceite de colza, como de un **Eugene Smith** con mala leche, estuvo en los límites de todo código deontológico), algunas desternillantes (como pasar tres horas escondido bajo una mesa porque ahí iba a sentarse **Julio Cortázar**), pero en lo que era único, tal vez por la rabia con que huyó de Argentina, era en ponerle cara a los fascistas. Igual que **Murillo** retrataba el éxtasis de las vírgenes, el captaba como nadie el odio en las caras de la extrema derecha. Precisamente sobre ese don, **Franco**, que le disfrutó como director, pero también le sufrió como empleado revoltoso, invita a una reflexión muy actual. El fotoperiodismo, por las razones que sean, muchas, sin duda, anda renqueante, tanto que no hay aún, a día de hoy, una serie de fotos que retrate la verdadera cara de Vox. Las imágenes más recurrentes son las que les encantan a sus dirigentes.

**Bosch** era un pillo con cámara, capaz de hacerse pasar por falangista, capaz de sobornar a enfermeras para retratar a un moribundo **Dalí**, dispuesto a congeniar con ***El Vaquilla*** para sacar una de las mejores fotos de aquel otro símbolo de la Transición, pero también fue un maestro para una generación muy joven que quería aprender.

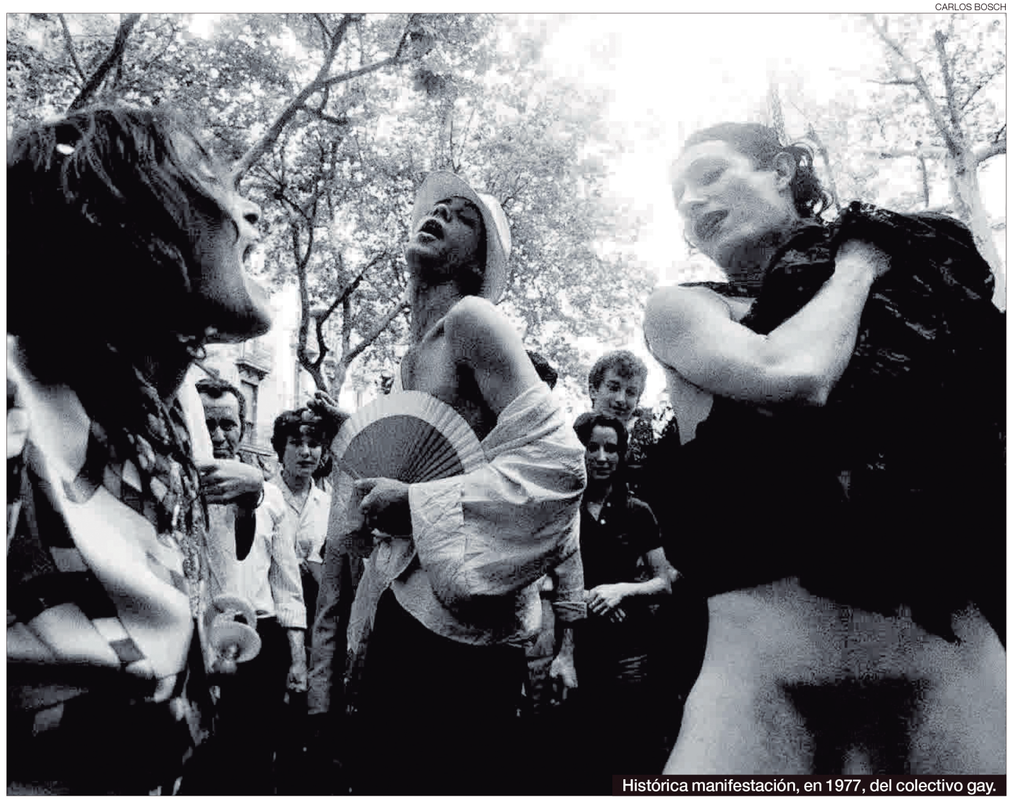
**Pepe Baeza**, uno de ellos, atesora lecciones y anécdotas. «Te hacía contar qué habías hecho para obtener esa foto y, de repente, en tu relato encontraba una grieta, un instante en que el trabajo podría haber sido mejor. Era muy exigente». Eran también otros tiempos. A una foto se le podían dedicar horas. El fotoperiodismo es incompatible si los fotógrafos son como repartidores de Glovo.

La anécdota es la paliza que se llevó un día delante del bar Zúrich a manos de los *grises*. Curtido en Argentina, cuando aquello aún era una democracia, defendía que cuando la policía carga, el fotógrafo no tiene que huir a la carrera porque parece un manifestante más. Había que plantarse como un tancredo y hacer correr el carrete. De la histórica manifestación que el colectivo gay llevó a cabo en 1977 hizo unas fotos estupendas, pero el truco, recuerda **Baeza**, no le valió cuando la policía sacó la porra. Le dejaron cicatrices de por vida.

Juan Carlos I, en una foto de Bosch jamás publicada.

El temible fascismo de la Transición, que Bosch miró a la cara.

CARLOS BOSCH



Histórica manifestación, en 1977, del colectivo gay.

El drama del aceite de colza.

La muerte, lo dicho al principio, le ha sobrevenido a **Bosch** cuando **Manel Sans** estaba a punto de culminar dos años de trabajo como comisario de la exposición, acogida con ganas por el Palau Robert, pero surgida del empeño de la UPIFC, el Sindicat de la Imatge que el propio **Bosch** ayudó a fundar.

Lo que el Palau Robert acoge es, por una parte, una mirada cercana a los años de la Transición, casi furtiva, como a través de la cerradura. La vida de los fotoperiodistas puede ser, hay que reconocerlo con sana envidia de *plumilla*, más rica en colores que la de quien simplemente escribe, que se mueve en un espectro temático más estrecho. **Bosch** estaba un día en Canet Rock, otro en Afganistán, luego tenía cita cultural con Terenci Moix y, la siguiente jornada, ahí estaba él en Cerdanyola, en la exhumación del cadáver del etarra **Juan Paredes *Txiki***.

Y lo que, por encima de todo lo demás se perderá **Bosch**, es la teatral *mise-en-scène* que Sans y el equipo del Palau Robert han preparado para reclamar la atención del público. Parece una conjunción astral, pero dos héroes descabalgados de su pedestal, **Juan Carlos I** y **Jordi Pujol**, forman parte del trabajo de aquel genial argentino, y dos fotos parecen ahora premonitorias. Al primero le fotografió en una imagen jamás publicada que le muestra como tal cual le diseccionara Rebeca

**Una imagen inédita** de Juan Carlos I, casi un estriptís intelectual, penderá de la fachada del Palau Robert

Quintáns en su demoledora biografía *Juan Carlos I: la biografía sin silencios*, es decir, un pésimo estudiante, al que todos tenían por tonto y, de repente, en la cima del poder. Esa imagen penderá de la fachada del Palau Robert, o sea, bochornosamente de cara a la plaza que hasta el 2017 llevaba el nombre del monarca.

La otra, la de **Pujol**, lucirá gigante en el jardín interior del palacete. Tiene su qué. Le costó a **Bosch** el empleo. La tomó en 1981. El 'president' no llevaba ni un año al frente de la Generalitat, una institución mirada con ojeriza desde la cúpula militar. Para limar asperezas, acudió como autoridad a un desfile militar en Barcelona, pero **Bosch**, que le conocía bien, sabía que unas pastillas le causaban somnolencia a media mañana, hora prevista del acto. **Maradona** marcaba goles con la mano y **Bosch**, con la cámara. El berrinche de Pujol fue colosal. Lo pagó **Bosch**.

En Barcelona, aquel fotoperiodista dejó huella y escuela. Luego vivió en Luxemburgo y, un día, regresó a Argentina. Contaba en una entrevista que hace dos años publicó la revista *Gatopardo* (léanla, una maravilla) que de nuevo en casa se sintió como **Ulises**, que tras el periplo no le conocen en Ítaca. La broma duró lo que tardaron los jóvenes fotógrafos argentinos en querer ser sus discípulos. Organizaba clases en su casa y ponía la gorra, para que cada cual pusiera unas monedas. Sí, como si fuera un artista de la calle. Bueno, en realidad, eso era.